

E

Editorial

Resiliencia en el sector lechero

La tormenta perfecta de costos al alza y escasez de suministros obliga a una redefinición estratégica de los predios para asegurar la sostenibilidad alimentaria.

La producción lechera local se encuentra hoy en el epicentro de una crisis de insumos que pone a prueba la viabilidad económica de uno de los motores productivos más relevantes de la zona. El aumento sostenido en el valor de los combustibles ha dejado de ser una preocupación aislada para transformarse en el prólogo de un problema mayor: una escalada en el precio de los fertilizantes. Con la urea registrando incrementos cercanos al 70%, el sector enfrenta un escenario donde la eficiencia operativa ya no es una opción, sino un imperativo. Este fenómeno no es casual ni puramente local. La inestabilidad internacional y los conflictos en zonas estratégicas como el estrecho de Ormuz han interrumpido los flujos globales de suministros. El mercado físico ha reaccionado con una volatilidad que no sólo encarece productos críticos como los nitrógenados y fosfatados, sino que comienza a manifestar una preocupante escasez. Para el productor, esta realidad se traduce en una encrucijada compleja: asumir costos que erosionan peligrosamente los márgenes de rentabilidad o reducir la fertilización de las praderas, lo que inevitablemente deriva en una menor producción de forraje y, por extensión, en una caída en la oferta láctea. Resulta evidente que el modelo de gestión tradicional requiere una transición urgente hacia la diversificación y la innovación. El interés por alternativas como bioestimulantes, roca fosfórica, el uso eficiente de purines o ureas líquidas de alta eficiencia, demuestra que existe una búsqueda activa por amortiguar el impacto financiero. Sin embargo, los esfuerzos individuales deben ir acompañados de una mirada gremial robusta. La propuesta de una reestructuración financiera que incluya la renegociación de pasivos, la búsqueda de nuevas líneas de crédito y el fortalecimiento de la asociatividad para compras conjuntas, aparece como la hoja de ruta necesaria para navegar este periodo de incertidumbre. La seguridad alimentaria y la estabilidad económica regional dependen de la capacidad de adaptación que demuestre el agro durante este 2026. El desafío es mayúsculo, pero la sostenibilidad del campo no admite esperas.